

Cuentos del paraíso de las islas

07

01-01 Los siete viajes de Gina Manfredi

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas

Fecha de Publicación: 09/01/2022

Número de páginas: 20

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

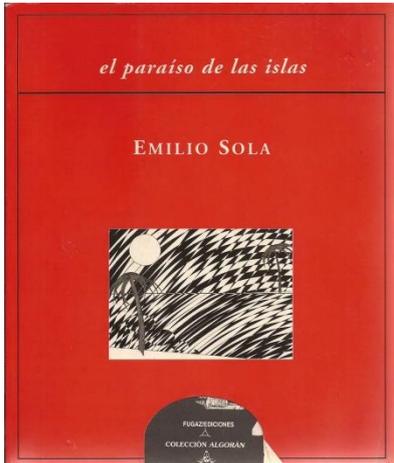
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

07

01-01 Los siete viajes de Gina Manfredi



“Los siete viajes de Gina Manfredi” fueron publicados en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte de la protagonista, la joven Gina, en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas:

1-1, 1-2, 1-3, 2-1, 2-2, 2-3, y 2-4

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

3.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (I parte).

PROLOGO, con DEDICATORIA incorporada.

- 3.1.- El día que Gina dijo no.
- 3.2.- El diecisiete aniversario de Gina Manfredi.
- 3.3.- Gina Manfredi en la Operación Ulises.
- 3.4.- El día del terremoto y la muerte de don Giovanni Manfredi.
- 3.5.- En vísperas de la gran guerra.
- 3.6.- Gina en Palermo, el día del estallido de la gran guerra y su dieciocho aniversario, conoce a Rocco Consales y a Pino Corso.

- 3.7.- Los tres chicos se encuentran a Antonio el Marinero y a María de la Soledad Muñoz Dolores y viajan con ellos a Ustica.
- 3.8.- La muerte de Juan Bravo vista por la tele en casa de Bártole, rey de Ustica, y desmayo de María de la Soledad.
- 3.9.- Viaje a Malta y encuentro con Mario Cassar y su mujer Paula.
- 3.10.- El señor Mamo se hace cargo de los asuntos del desmantelado imperio Manfredi.
- 3.11.- Una historia de telegramas y separación.
- 3.12.- Viaje a Gozzo e iluminación de Gina Manfredi en el mar de Comino.

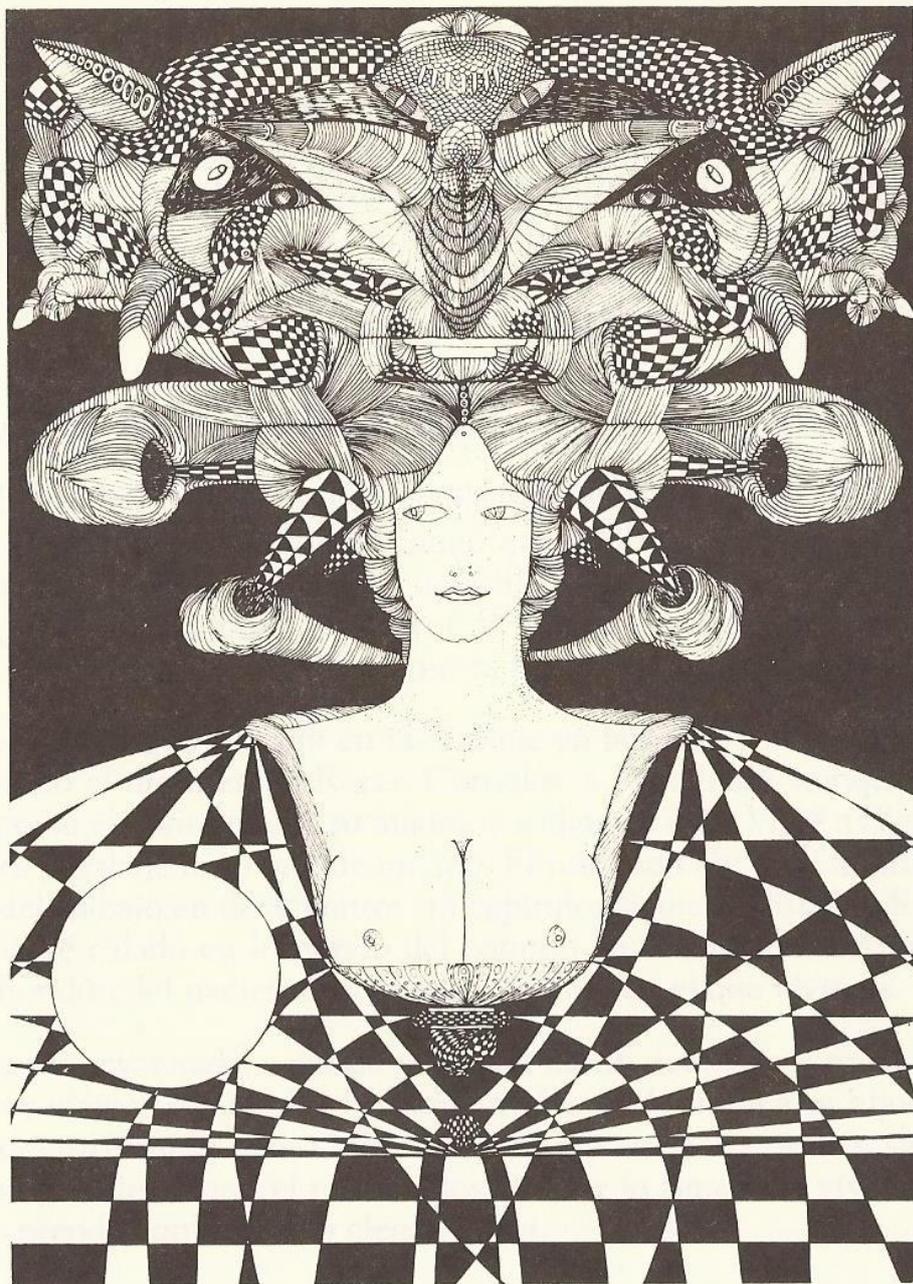
4.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (II parte).

PROLOGO segundo, con texto de Gina incorporado.

- 4.1.- Gina y Rocco viajan a Argel y la curiosa historia de Mariquita

- Linda o Luna Lorenzo.
- 4.2.- Historias de la casa-jaima de Zeralda, con la rebelión de las mujeres y la intervención del padre del cuchillo Lauari Bujudmi.
- 4.3.- Otras historias de la casa-jaima y el chico portugués Mario Pinto Godinho.
- 4.4.- El regreso del padre del cuchillo en la luna nueva de julio y una exposición de Rocco Consales sobre “Palermo restaurada”.
- 4.5.- Viaje a Valencia en el galeón de Antonio el marinero.
- 4.6.- La casa del naranjal y Borondón el Babilónico.
- 4.7.- La foto “Las tres bellas preñadas”.
- 4.8.- La operación antiaduanas y la operación matrimonio burocrático y festivo.
- 4.9.- Viaje a Palermo y visita a la mancha negra.
- 4.10.- Felice de Catania, Ernestina Otromundo y el palacio Albergó Catania, en vía Maqueda de Palermo, con la historia del turco Terki y su Coronela.

- 4.11.- Nacimiento de Prisciliano en Mgar y los ocho años de Gina en Gozzo.
- 4.12.- Viaje de Gina Manfredi por la isla mayor Sicilia a través de sus textos.
- 4.13.- Muerte de Gina Manfredi y locura de Rocco Consales.
- 4.14.- El amanuense, en interpolación final, concluye la historia y nos da su nombre.



LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (I PARTE)

Prólogo, con dedicatoria incorporada.

Don Borondón me había dicho: “Necesario es escribir la historia de Gina Manfredi; la necesitamos aquí, en la biblioteca. Toma sus tres cuadernos, el rojo, el verde y el amarillo, vete a Sicilia, habla con la gente, toma nota y hazlo, por favor. Sé que te gustará. No importa tu estilo literario; lo que te encargo no es literatura. Y avanti presto”.

Tal vez el Antiguo pensara en mí porque yo la había conocido. Visité a Antonio el marinero, a Rocco Consales, a Prisciliano, aunque bien poco podía él contarme de su madre, y a algunos más. Viajé a Sicilia y a Malta y trabajé duro más de un año. El resultado ahí está: la primera parte del trabajo en doce puntos -ni capítulos siquiera- distribuido. No sé si habré calado en lo hondo del corazón de Gina, pero creo que sí en el hondón del naciente paraíso de las islas, en el que vivimos.

A Palermo restaurada, a donde volveré a morir, dedico este trabajo. Ya soy muy viejo y, siguiendo el consejo de Gina Manfredi a su hijo Prisciliano, visto amplia abaya blanca los fines de semana -viernes, sábado y domingo-, de colores el resto de los días. Se lo agradezco vivamente: es una prenda confortable y elegantísima.

Una última precisión para mejor entendimiento de lo que ha sido mi trabajo. Los tres cuadernos de Gina que don Borondón me confiara y

que al final de mi trabajo restituiré a su casa, el rojo, el verde y el amarillo, no son tales cuadernos sino una bolsa de plástico traslúcido con los restos de lo que en su día fueron tres cuadernos; hechos pedazos por mano airada, tal vez por Gina misma, no lo pude -nadie supo decirme- averiguar. Texto o rompecabezas, confío en ellos tanto como en el testimonio de sus próximos aún supervivientes. Vale.

3.1.

El día que dijo no Gina Manfredi había intuido -a pesar de sus tan jóvenes quince años-, con una certeza que había de acompañarla hasta la sepultura -que ella, antes de morir, dejó dibujada en un cuaderno de notas con precisión tal que sus amigos y cercanos con unanimidad misteriosa se descubrieron aterrados-, que se había aproximado a ese algo inconcreto y huidizo que suelen denominar con la pomposa palabra de libertad.

Justo un año antes, el día de su catorce aniversario, una espléndida mañana de abril, había sentido su despertar al misterio y a la vida. En Santa María Novella, con unos amigos florentinos de charla erudita y abundosa que la aburrían sobremanera -hijos de amigos de papá, sobrinos de amigos de familia, lejanos parientes de ramas olvidadas del centro y norte del país-, pero que por cortesía soportaba, descubrió el prodigio ante el fresco de la Natividad de la Virgen que pintara Ghirlandaio. Ella estaba allí. Tantas iglesias y palacios, tantas piedras antiguas y perfectas, tanta luz enervante y color -a pesar de la aparente

apatía con que Gina respondiera al entusiasmo de los que la guiaban por aquel laberinto de bellezas-, quedaron diluidos en un instante ante aquella presencia inesperada y sorprendente. Ella estaba allí. El perfil de Giovanna Tornabuoni -¡cuántos días de estudio y de discretas preguntas a entendidos para descubrir su nombre!- era el suyo propio - ¡cuántas horas combinando espejos en el cuarto de baño de su casa calabresa y en la noche, en su habitación, con la fotografía de la joven Giovanna Tornabuoni del fresco de Ghirlandaio, que consiguiera hacerse revelar a tamaño natural, para llegar a descubrir lo que ya sabía desde la mañana de abril de su catorce aniversario, que aquellos dos perfiles (el suyo del espejo y el de Giovanna de la fotografía) eran un mismo perfil!-, el de ella, Gina Manfredi viva, por primera vez en su corta vida entreabriendo las puertas del misterio.

Pero fue un año después, el día de su quince aniversario, cuando Gina dijo no. Su padre dom Giovanni le había comentado que tal vez fuera aquel el último cumpleaños que se celebrara en la casa-palacio familiar, y había decidido que fuera aquella celebración la más brillante que las gentes del sur de la península y de Sicilia recordaran. Desde mediado marzo -bien sabía Gina que todo deseo de su padre expresado en alta voz era una orden imposible de cuestionar- todo el clan de los Manfredi -incontables gentes que giraban en torno a incalculables negocios familiares de los que dom Giovanni era gran cappo- trabajó para la fiesta. Muchos años después, cuando el rostro terrible de su padre se había desdibujado en su memoria, una semana antes de su muerte, Gina Manfredi había soñado todavía con los rayos láser utilizados en la iluminación de los jardines y acompasados a la música que abriera el baile.

La razón de aquel despliegue espectacular no se le escapaba a aquella - aunque de quince años en absoluto estúpida- niña Gina. El ostentoso

y cursi Amadeo, primogénito de la rama mayor de los Saboya, la pretendía. Y Gina Manfredi -también ella había preparado a su manera la celebración haciéndose reconstruir con la mayor fidelidad posible el traje, peinado y joyas de su doble o no doble sino Giovanna Tornabuoni- dijo -aunque, nadie, y menos aún su padre don Giovanni, le hubiera pedido su parecer- no.

3.2.

Todo el año siguiente de su vida se lo pasó la muchacha encerrada en la habitación más alta de la casa-palacio, cuya ventana se abría sobre la parte trasera del jardín, y en la que, desde niña, se había refugiado con frecuencia para contemplar el sol poniente y la línea horizontal del mar. Un grupo de profesoras, una de ellas de música, visitaban a diario la casa y preparaban a la chica para los exámenes finales de bachillerato; la semana anterior a la huída había de superarlos con brillantez y las calificaciones había de enviarlas, como regalo de despedida, por correo certificado a su padre en Nueva York. La sirvienta Sofía y su madre Antonina fueron las únicas personas que durante aquel aciago -o no, quién sabe- año de vida en reclusión le habían comunicado que aún existía un mundo exterior. Cada mañana de festivo, casi al alba para la primera ceremonia religiosa del día, entre su madre Antonina y la sirvienta Sofía atravesaba el pueblo que, acurrucado a las faldas de la casa-palacio que le separaba del mar, comenzaba a desperezarse. Y las tres figuras enlutadas y veladas diríanse tres almas en pena que de un pasado remoto

volvieron para adueñarse una vez más de los lugares testigos de sus horas de felicidad y de vida.

El día domingo de su dieciséis aniversario, después de la matinal ceremonia religiosa, su madre Antonina le comunicó que don Giovanni estaba allí y deseaba hablarle, que se preparara para el mediodía y durante el almuerzo. Gina Manfredi -traje, peinado y joyas que viera pintados por Ghirlandaio en el retrato de perfil de su doble o no doble Giovanna Tornabuoni- descendía la escalera central de la casa-palacio -en el reloj de la torre las doce sonoras campanadas de mediodía- y pensaba en el viejo de ojos muy claros y de deslumbrante blancura coronado con el que aquella noche soñara. Años más tarde, su hijo Prisciliano en brazos, Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, habría de interpretar aquel sueño como sólo los de su tierra son capaces de interpretar: un viejo sabio o santo la había visitado; su presencia, tan diferente en rasgos y gesto de su padre don Giovanni, había sido bienhechora; la mirada clarísima, al final del sueño ocultada por unas inquietantes gafas de cristales como espejo en los que se reflejaba la línea horizontal del mar, le habría transmitido la fuerza que necesitaba para aquella, en el sueño entrevista, última y decisiva comida-reunión con su padre.

207

De nuevo, como un año justamente antes, Gina Manfredi dijo no. Y otra vez el encierro en la habitación más alta de la casa- palacio, las salidas al alba en los días festivos escoltada por su madre Antonina y la sirvienta Sofía, las clases de música y los estudios para sus exámenes finales de bachillerato, la soledad y -a lo lejos, telón de fondo, límite infinito de su ventana abierta- el mar.

La semana de exámenes en la ciudad significaron para Gina un contacto con el exterior de tal magnitud que lo consideró como un autén-

tico redescubrimiento del mundo. Todos sus compañeros en las aulas se preparaban para lo que ellos denominaban “Operación Ulises”, presente en todas las conversaciones; esa era la explicación de unas fechas tan tempranas para los exámenes que sus profesoras, cumpliendo una consigna familiar sin duda, no habían sabido explicarle convincentemente. Todos tenían en sus labios palabras del presidente Juan Bravo, todos comentaban sucesos de actualidad para ella incomprensibles, y quiso saber. Y supo. Y a su vuelta a la casa-palacio paterna quemó sus ropas de cumpleaños. Desde ese instante comenzó a planear su fuga; sólo la sirvienta Sofía estuvo al corriente y sus ruegos no lograron torcer la decisión de la niña Gina. Una mínima bolsa por todo equipaje y parte de los ahorros que la vieja sirvienta que la viera nacer puso en sus manos entre besos y suspiros, lágrimas y adioses, una mañana luminosa de mayo inició su viaje de huida con aquella decisión que desde entonces -cuando depositó en la primera estafeta de correos que se topó en el camino sus calificaciones finales en sobre certificado a Nueva York lo percibió con claridad- ya nunca más había de abandonarla.

3.3.

El derecho de fuga para los menores con problemas de permiso paterno y el derecho al secreto de ficha durante la duración de la misión, para evitar interferencias ajenas al grupo y hasta el regreso a la base punto de partida, permitieron a Gina Manfredi realizar con éxito aquel viaje peculiar, su viaje de huida. Este no había de ser, sin embar-

go, demasiado largo; los responsables de la “Operación Ulises”, después de estudiar sus conocimientos y constitución física sana y adaptable al duro sur, la destinaron a la concentración de Madrid; más espectacular para ella y más sugerente resultaban las muy lejanas México y Manila, pero, al fin, también Madrid era lugar otro. Una vez allí, se vio integrada en un grupo no muy numeroso con un destino sugestivo: Sahara. La misión concreta, con el asesoramiento de dos saharauis profesores de hasanía, era recensar las actividades artísticas y literarias, registrar música y literatura oral, recoger los datos sobre inclinaciones y aptitudes para esas actividades de jóvenes y viejos de la región -el sagrado Tiris, la antigua Saguía el Hamra- que durante cuatro meses habían de recorrer.

209

Aquel viaje de huida había de resultar para Gina Manfredi viaje “de conocimiento y de contactos”, en la más profunda de las significaciones que esa denominación acuñada por Juan Bravo podía encerrar en sí. Ahmed Salem y Hamdi Malainín se llamaban los dos chavales saharauis del grupo en el que Gina se integrara; Iam Black, estudiante inglés de periodismo, Liewe Hoover o Liewecke, arabista flamenca y documentalista que había de encargarse de la catalogación de datos, Paco Barrios, estudiante de letras, algo poeta, nacido en el Magreb aunque de origen español, y el ruso Ivan Andropov, estudiante del conservatorio de Moscú, eran -con Gina, benjamina entre ellos- los componentes del equipo. El abundante material audiovisual abultaba más que todo el resto de las pertenencias personales de cada uno de los integrantes del grupo; una vez en Smara, punto de partida, tendrían a su disposición tres landrovers todoterreno y un camioncito.

El verano tórrido e insufrible para los no iniciados, mortal para alguien abandonado a sus fuerzas, el paisaje sin piedad ni fin, inabarcable para un ojo no habituado a ello, los cuatro meses transcurridos,

fueron memorables para la tan temprana edad de Gina y habrían de iniciarla en algo tan elemental y profundo como la relación del hombre con su medio, el acople casi perfecto de un grupo a su paisaje, la necesidad imperiosa para todos de ensayar la plenitud, actuar, por fuerza “ser” feliz aquí. Al final de las dos primeras semanas de trabajo Ahmed, Hamdi y Liewecke habían estructurado a la perfección el plan metodológico a tres niveles básicos: material literario, material musical y material gráfico. Gina, con la ayuda indistinta de Paco e Iván, se convirtió en verdadero técnico de sonido; Iam, igual e indistintamente asistido por Paco e Iván, fue el especialista en imagen; Liewe, con el asesoramiento de Hamdi y Ahmed, la incansable recopiladora de material literario y experta en fichaje de datos.

Viaje interminable y sin medida, con el mar como única frontera real, habían fijado límites a un espacio delimitado de antemano a pesar de que aquellos espacios más invitaran a la indelimitación que a su contrario: fuera quedaban desde Nuadibú, en la costa, hasta Suerat, los territorios del antiguo sultanato de Adrar, y en el norte desde Tinduf y Zag hasta la costa de Tarfaya. El resultado fue un conjunto impresionante de información de una gran coherencia. Cada quince días una caja de madera aligeraba el camioncito de peso y era enviada a Smara para reunirse con sus compañeras rebosantes de datos. Nunca se detuvieron más de tres días en un lugar; si en una gran ciudad, nunca más de tres días en cada barrio. Seguían con ello una ancestral norma saharauí de hospitalidad y cortesía. El primero de octubre inició el grupo la “operación retorno” y ese día pernoctaron en Madrid.

Es éste uno de los períodos más oscuros en la existencia de Gina Manfredi; a lo largo de toda su vida fue muy parca en palabras al aludir a él. En el transcurso del otoño y del invierno se comunicó con su familia exclusivamente por telegramas que confiaba a amigos para su expedi-

ción desde ciudades del norte lejos de su lugar de residencia, de tal manera que aunque don Giovanni hizo esfuerzos serios para localizar a su hija y movilizó abundantes detectives privados bien pagados que asediaban a sus antiguos compañeros de viaje, nunca dio con el paradero de su niña Gina. Parece cierto, de una parte, que en este tiempo Gina Manfredi se deshizo de su virginidad; tal vez de la mano, por decirlo así, de Paco Barrios: con él fue vista la última vez en el aeropuerto madrileño despidiendo a Liewecke Hoover que regresaba al norte. Por otra parte, el lugar elegido para su escondite o voluntaria desaparición temporal del mundo de sus próximos pudo ser Granada, en concreto alguna de las comunidades sufíes -los ramadaneros les comenzaban a llamar por entonces- que años atrás habían comenzado a organizarse en el Albaicín, el Sacromonte, otros barrios de la ciudad y pueblitos montañosos de las Alpujarras. Parece confirmarlo la costumbre, que había de inculcar a su hijo Prisciliano años después, de lavarse el culo con agua después de hacer sus necesidades, uso sobre el cual a veces bromeaba pero del que se sentía muy satisfecha, así como el hecho de que al menos en dos ocasiones, muchos años después -la última vez el año anterior a su muerte-, se hubiera instalado con comunidades ramadaneras en el mes lunar del ayuno diurno, mes que ella consideraba como el más bello canto a la noche que los hombres idearan.

3.4.

La madrugada del día del terremoto, la semana que precedió al inicio de la gran guerra, domingo, la señora Antonina y la sirvienta Sofía ha-

bían salido, como de costumbre, para asistir a los primeros oficios religiosos del día. Ornamentos morados de adviento o de cuaresma, en el momento preciso del ofertorio del pan y del vino rituales sobrevino la catástrofe. Un ruido ensordecedor y una nube de polvo que el sol naciente convirtió en dorada nube, general consternación y pronto algunos gritos histéricos y llantos. Todo fue rapidísimo. Los asistentes al acto religioso, sin ni siquiera tiempo para emprender la huida, se contemplaron despavoridos unos a otros y contemplaron el insólito espectáculo: sólo la capilla de santa Gemma, en la que se celebraba la ceremonia y en la que se apiñaban todos los fieles presentes en la iglesia en torno al celebrante, había quedado en pie, rodeada por todas partes de cascotes y ruina, el altar iluminado extrañamente por un sol débil cuya luz luchaba por penetrar la densa nube que a la vez dorara. La señora Antonina se abrazó a la sirvienta Sofía, su rostro extasiado y fija la mirada en el altar en donde el oficiante seguía con el cáliz y la patena en actitud oferente, y comenzó a gritar ¡"milagro!, ¡milagro!". Con estas palabras en los labios el grupo de beatos se precipitó en todas las direcciones, atravesando las ruinas que les rodeaban. Y el espectáculo de la destrucción acompañó a todos, a todos arrastró en su espiral de ebriedad o pesadilla, a todos convirtió en actores de comedia del arte trágica. El pueblo estaba arrasado.

Antonina y Sofía cruzaron calles a paso ligero, a todo correr en ocasiones, esquivaron escenas de dolor, procuraban no prestar atención a gritos y llamadas de socorro, el pánico ya desbordaba por su rostro, hasta llegar al portalón -intacto- del palacio. O de lo que había sido la casa-palacio, pues no existía ya. En su lugar un informe montón de escombros aún humeantes por algunos ángulos, irreconocibles restos de algo que había sido un todo armonioso. Las dos mujeres llamaban a nombres familiares, pero nadie respondía; lloraban, rezaban, intentaban abrir con sus manos alguna mínima brecha, pero parecía impene-

trable aquel túmulo de ruinas. La impotencia era total, abrumadora; nadie venía del pueblo, a nadie esperaban, sabían que todos estaban atareados con su dolor y el de los suyos. De alguna grieta angosta salió un gato diminuto que maullaba, casi bramido era aquel para su tamaño, y Sofía -la gata Fiora acababa de parir días atrás cuatro cachorros- lo apretó contra su pecho y lo acariciaba como si en él acariciara toda la vida que había dejado dormida en el caserón aquella misma mañana, sólo una hora antes. Dom Giovanni estaba allí, sepultado, no cabía duda de que sin vida. Había llegado la noche anterior inopinadamente; el mundo estaba muy revuelto y se preveía un estallido próximo de consecuencias incalculables; sus negocios, aunque la guerra posible los beneficiaría a la larga, le habían hecho iniciar aquel viaje relámpago con escala improvisada en su casa del sur de Italia sin ni siquiera imaginar -a pesar de sus numerosos expertos y el departamento de informática muy eficaz- que la catástrofe prevista había de materializarse aquella madrugada en un terremoto fortísimo con epicentro en el subsuelo tortuoso del jardín de su casa-palacio familiar. “Castigo de Dios”, pensó la señora Antonina en su desesperación, no sabía muy bien por qué, pero no había llegado a formular en alta voz aquel pensamiento que la atormentaba.

213

Gina Manfredi se enteró por la prensa de la catástrofe, así como de la muerte del gran cappelletto dom Giovanni. Y ese mismo día voló a la casa paterna. Del aeropuerto convertido en centro de primeros auxilios en la zona tras los preparativos más urgentes -sólo haciendo valer su condición de hija de dom Giovanni había podido hacerse un lugar en el avión hasta allí-, rehízo a la inversa el camino que menos de un año antes la llevara lejos. Fantasmagórica la capilla de santa Gemma, dos airoosas bóvedas y arranques de otras más al viento, irreconocible la placita con la estafeta de correos desde donde ella casi un año antes en envió certificado a Nueva York, etc., en torno al pueblo destruido

214 un nuevo poblado estaba surgiendo, cinturón de la desdicha, de tiendas de lona y construcciones de fortuna elementales y pobres. A Gina se le anudaba la angustia a la garganta. Y por todas partes, gran actividad; camiones, excavadoras, grupos de hombres y mujeres atareados en mil trabajos, hormiguero en acción, puro movimiento.

En el portalón de entrada al palacio de los Manfredi, intacto por raro azar según los técnicos, Gina hubo de identificarse. Los guardias la saludaron con respeto, susurraron palabras breves de condolencia y uno de ellos -"por aquí, señorita, por aquí"- la acompañó hasta el prefabricado de madera en donde -un grupo de obreros trabajaba en su instalación todavía- la señora Antonina se había encerrado a llorar su dolor sin que nadie hubiera conseguido convencerla para abandonar aquel lugar. Al igual que el pueblo vecino, la finca de los Manfredi rebosaba de actividad. La explanada frente al portalón de entrada estaba abarrotada de automóviles, predominantemente negros; llegaban en pequeños grupos de dos o cuatro, se detenían un tiempo allí y luego volvían a irse. Familiares de la región o del norte, socios o protegidos, amigos o desconocidos que llegaban para informarse. La señora Antonina había dado orden de que, salvo el administrador y familiares muy próximos, nadie fuese conducido al prefabricado que ocupaba. Los cuerpos de don Giovanni, sus guardaespaldas, ayudantes y gente del servicio de la casa habían sido rescatados ya de los escombros -ninguno con vida- y aquel mismo día recibido sepultura. De las ruinas de la casa aún seguían extrayendo objetos que eran depositados en otro prefabricado-almacén bajo fuerte vigilancia; en las primeras horas posteriores al desastre habían merodeado buscones, pronto alejados del lugar no se podía calcular si con las manos vacías o no.

"La niña Gina", comentaban algunos que la reconocían, y algunas mujeres dejaban oír su llanto más o menos histérico. Hubieron de

abrirle paso entre aquella casi multitud. Bajo una higuera, no lejos del prefabricado de madera en donde parecía confluír toda la móvil actividad de aquella pequeña muchedumbre de obreros, plañideras y mirones, Gina había entrevisto una figura familiar. "Sí, es Sofía". El guardián la esperó a cierta distancia. En una silla de enea desvencijada, sin duda salida de la escombrera antigua casa, en el regazo un gatito diminuto al que acababa de cebar con leche -a su lado una frasca aún mediada con mamona-, estaba la sirvienta Sofía; enlutada, perdida la mirada por allí, ni siquiera había percibido su presencia. Gina comprendió que algo terrible le sucedía; en cuclillas, dejó reposar su mano derecha en la rodilla izquierda de la vieja sirvienta y ésta se sobresaltó.

215

-¡Chsss...! ¡Fioro duerme! -dijo; y como si el rostro familiar de Gina la trajera a otra realidad-. Mi hijo Antonio y mi marido Virgilio han muerto... dom Giovanni ha muerto... y Pablo, y María y Nicolás -sus ojos se animaron repentinamente-. ¡Oh, niña Gina! -sollozó-. ¡Niña Gina! ¡Has comido bien hoy? -con viveza-. ¡Necesitas dinero, niña Gina?

Luego no hubo nada. Gina intentó dar un beso en la mejilla a la vieja Sofía pero notó un movimiento instintivo de rechazo en ella, ya sus ojos perdidos de nuevo lejos. "¡Chsss, Fioro duerme!", había murmurado, y no era verdad pues el gato se movía en su regazo inquieto, pateaba, arañaba la tela negra con sus uñitas tiernas. Gina se alejó de allí. Lloraba por primera vez en aquella jornada estremecedora. El guardián algo le dijo de lo que sólo oyó "...la pobre..." y llegaron -"por aquí, señorita, por aquí"- al barracón central, la muchacha no supo bien cómo.

Gina entró, las pupilas aún contraídas por la luminosidad exterior, y se sintió inmersa en el oscuro corazón del lamento o del grito. Algún o alguna correveidile había anunciado poco antes su llegada y el coro de enlutadas familiares en la densa penumbra -todos los vanos habían

216

sido encortinados con dispares tapicerías que más que tamizar vedaban la luz- abrazaban a la recién llegada, la estrujaban, acariciaban, palmeaban, besuqueaban, o le susurraban o gritaban algo al oído, niña perdida, y la arrastraban al mismo tiempo en torbellino delirante hacia el rincón en donde la madre Antonina lloraba su dolor. Necesidad o contagio, no por ello menos verdadero, el dolor era expulsado al exterior con teatral dramatismo, grito, gesticulado, espectáculo diríase orgiástico en ocasiones. Gina se sintió materialmente arrojada a los brazos de su madre, a sus besos nerviosos a través de negro velo, sin duda, pues le supieron a finísima tela, a sus caricias -contacto carnal, no mano enguantada-, a sus sollozos; aturdida, anonadada, sedales sutiles impedían la libertad del abrazo, telas de araña finísimas la agredían. "Que nos dejen solas un momento, madre, por favor". Pero no era posible. Allí estaba en pie -había ordenado la señora Antonina que sólo el administrador fuera portador de misivas y papeles para firmar, y a éste que nada le explicara, bajo su responsabilidad, de la conveniencia o no del documento firmado- el viejo romano Giorgio, servicial pero nervioso, disculpándose pero impaciente, compungido y enlutado pero tendiendo implacable pliegos y pliegos para firmar y que la recién viuda -paréntesis obligado, signo de lucidez responsable- firmaba firme. Y Gina lloró -toda la sala parecía, casi gozosa, secundarla- y lloró.

3.5.

A los dos días murió Sofía. El gatito Fioro había desaparecido un día completo y la vieja sirvienta lo había buscado trastornada por toda la

finca y el pueblo. Luego se había vuelto a sentar en la silla de enea bajo la higuera y no había habido fuerza humana capaz de apartarla de aquel lugar; su inmovilidad turbadora se convertía en frenesí violento cuando alguien se acercaba a menos de cinco metros. Amaneció muerta. La enterraron entre su marido Virgilio y su hijo Antonio, no lejos de donde habían enterrado a dom Giovanni y a toda su escolta y criados.

217

Tras la muerte de Sofía, compañera y confidente de su señora, el desconsuelo de Antonina ya no tenía límites y consintió trasladarse a un caserón de las afueras de Nápoles en donde apenas se había sentido el efecto del terremoto. Allí el viejo administrador romano Giorgio se enfrentaba a la avalancha de gentes que querían ver a la recién viuda con resmas de documentos, cada uno de ellos de vital importancia para el interesado. Toda la planta baja del edificio era un bullir de escenas de histerismo, llantos, protestas, ruegos o amenazas. El viejo Giorgio había hecho acordonar el arranque de la escalera que ascendía a la planta alta en donde Antonina encendía velas a santa Gemma, firmaba papeles o charlaba con Gina y dos o tres mujeres más que la acompañaban; una docena de agentes ayudaban al administrador en mesas instaladas como barrera o muralla protectora de la planta alta del edificio y en las que clasificaban la maraña documental que aquella multitud hacía llegar a sus manos.

La antevíspera del estallido de la gran guerra, al anochecer, a la viuda Antonina le dio un primer amago de infarto. Nada le dijeron a Gina. Acodada a la ventana más alta de la casa, a su lado un potente aparato de radio que manipulaba con frecuencia en busca de más precisas noticias sobre los últimos acontecimientos -nadie había logrado conectar con Juan Bravo ni con Rómulo Castro-, parecía absorta en la contemplación de la ciudad lejana y del mar. Con el médico personal a su

lado, Antonina redactó un breve documento notarial nombrando a su hija heredera del “imperio Manfredi”, con todas las consecuencias legales que ello acarrearía, y rogó a Giorgio el romano que a partir de aquel momento se entendiera únicamente con Gina y que la dejara a ella en paz.

-Que lo vendan todo -dijo Gina, sin dejar la ventana, ya anochecido, las luces de la ciudad encendidas, franja luminosa entre el jardín y el mar.

-Pero, señorita Gina... -había intentado protestar el viejo Giorgio.

-¡Todo! Bueno, salvo las casas y fincas que estén a orillas del mar.

-Señorita, en estos tiempos... -Gina le miraba a los ojos y el administrador no supo cómo terminar la frase.

-Por favor, Giorgio, hágalo así. Y que el dinero lo ingresen... qué sé yo... en el banco nacional de Malta, eso es. Bueno, si existe ese banco.

-Señorita, es posible que estalle una guerra.

-Lo sé Giorgio.

Gina comenzó a seleccionar nueva emisora en el aparato de radio; nadie era capaz de precisar consignas de Juan Bravo, nadie era capaz de localizar el paradero del presidente de la Gran Confederación y Gina se sentía muy inquieta.

-Podíamos considerar que en coyuntura tan favorable es una locura...

No pudo terminar el viejo. Gina volvió a él su rostro con tal mirada de indignación y tal violencia de gesto que el administrador romano dio dos pasos atrás y temió vagamente un acto agresivo por parte de la muchacha.

219

-¡Liquiden todo! ¡Es una orden! ¡No vuelva a verme usted hasta que no...

Tampoco Gina pudo concluir la frase. Estalló en sollozos y el administrador se apresuró a abandonar la sala.

Al amanecer la Federación Oeste amenazaba con declarar la guerra a la Unión Roja. El presidente Juan Bravo seguía sin dar señales de vida y Gina Manfredi, que no había dormido en toda la noche, se sentía exhausta y estaba aterrada. Antonina moría tres días justos después que su querida confidente y sirvienta Sofía. A Gina no le quedaban lágrimas en el cuerpo. Como un fantasma paseaba el piso alto de la casa, se asomaba a la ventana -¡el mar!-, apenas dirigía a nadie la palabra, miraba como sin ver a las pocas mujeres que se cruzaban llorosas en su camino, a veces escuchaba algunas palabras del médico o del viejo Giorgio -"le detesto", pensaba al verle- que, finalmente y dada la orden de liquidación total de los bienes del difunto Manfredi salvo las casas y fincas a orillas del mar, había osado acercarse a la señorita -que para él no era más que una niña caprichosa, tal vez loca, aunque la hija única de dom Giovanni- y hasta presentarle -pocos- algunos documentos para firmar. El cadáver de Antonina lo llevaron a enterrar al lado de su marido al sur. Gina se había negado a asistir al acto y ceremonias. La planta baja de la casa de las afueras de Nápoles estaba vacía. Era algo que la víspera nadie hubiera podido sospechar; el propio Giorgio, mientras hacía sus maletas, no cesaba de comentar su asombro con los perplejos ayudantes, últimos fugitivos de aquella casa enlutada y vacía.

Sigue en 3.6, en 01-01.- Los 7 viajes de G.M.